

Jesuitas y laicos: hacia una colaboración en misión

*Maria Clara Lucchetti Bingemer**

La pregunta que nos guía al principio de esta reflexión es: *¿Qué entendemos por colaboración entre jesuitas y laicos, a la luz de los más recientes documentos de la Iglesia y de la Compañía de Jesús? Y aún más: ¿que tendencias detectamos que refuerzan la pertinencia de esa colaboración?*

Para que nuestro diálogo aquí y ahora pueda ser realmente de compañeros y amigos en el Señor que se reúnen con la finalidad de percibir cómo pueden trabajar juntos para mejor servir al proyecto del Reino y a la mayor gloria de Dios, creo que se impone una comunión de entendimiento sobre aquello que vamos a hablar.

Por lo tanto, primeramente trataremos de enmarcar bien sobre qué estaremos conversando; enseguida, veremos las condiciones concretas que tenemos de que eso que pretendemos sea en verdad realizable; por último, mirando más lejos, intentaremos detectar tendencias y señales que hoy nos muestran que nuestro sueño es pertinente y que tiene posibilidades humanas y reales de implementación.

Clarificando términos

El diccionario nos dice que *colaboración* es una acción: acción de colaborar. Una obra en colaboración es, por lo tanto, una obra en la cual participan varios en su concepción, planeamiento y ejecución. En consecuencia, un *colaborador* será una persona (o personas) que trabaja con otra (u otras) en el mismo proyecto, la misma cosa o con el

* María Clara Lucchetti Bingemer es de Río de Janeiro, es casada y enseña teología en la Pontificia Universidad Católica de esta ciudad. Además de su trabajo de enseñanza colabora en el Centro Loyola de Río de Janeiro. Seminario sobre Laicos (Correas: Octubre 2003)

mismo fin. *Colaborar* tendría entonces el sentido de coadyuvar, cooperar, o sea, contribuir con el propio trabajo a la consecución o ejecución de cierta cosa que se expresa con un nombre de acción: una obra, una organización, un proyecto.

Por otro lado, *misión* viene del latín *missio* y tiene el significado de enviar. Pero no se trata de enviar a cualquiera o de cualquier manera o a cualquier sitio. Una misión es un encargo que alguien recibe de otro con vistas a hacer o decir cierta cosa a otra persona o en cierto sitio. Es (y seguimos ayudándonos del diccionario) una obra o función trascendental que una persona o colectividad se siente obligada a realizar en bien de alguien, o que le está asignada por la Providencia.

Por la misma definición ya nos aparece la grandeza de lo que es la misión. Una colaboración para esta misión, algo tan importante y tan sublime, por lo tanto, tiene que ser igualmente tomado muy en serio. No se trata, ya vimos, de cualquier colaboración. Pero significa antes un involucrarse con toda su persona, de manera de asumir como suyo el colaborar en un proyecto que aunque no era de uno al principio, pasa a serlo por el envío y el encargo que se recibe. No sólo el proyecto pasa a ser común de ambas partes, dado que ninguna de las dos es dueña del proyecto, sino que ambas colaboran para que resulte y se realice.

Si estamos aquí es porque somos gente que tiene la manía de soñar. Y soñar grande. Y en este momento soñamos –y porque soñamos creemos– en que si jesuitas y laicos pueden compartir una misma experiencia de Dios, una misma espiritualidad, pueden igualmente colaborar en una misma misión. Parece, sin embargo, que felizmente no estamos solos en ese sueño. La Iglesia sueña con nosotros y nos viene demostrando por todo su caminar de los últimos decenios, que apuesta por esa colaboración y espera vivamente que la misma tenga lugar.

Pero –y aquí está el último interrogante a nuestro sueño– ¿cómo podrán colaborar y trabajar juntos categorías de cristianos que viven diferentes estados de vida y que siempre han estado separados en sus quehaceres, estilos de vida y entendimiento de lo que sea su misión? Creo que es útil, por lo tanto, también aquí clarificar términos.

De nuevo el diccionario nos ayuda: *laico*, con sus sinónimos de *civil*, *secular*, *seglar*, es el *no eclesiástico*. Y *eclesiástico* es definido como

*clérigo*¹, o sea, un hombre que ha realizado ciertos estudios y recibido órdenes sagradas. Está igualmente por detrás de esas primeras definiciones la concepción coloquial del vulgo que el laico (o lego) es el inculto, el que no sabe, el que no está informado de un tema, mientras que el clérigo es sinónimo de hombre letrado, culto, que recibió una buena y sólida formación.

Ese fue el entendimiento que predominó acerca de laicos y clérigos, esos dos segmentos del Pueblo de Dios, bautizados y asimilados a Jesucristo, y por lo tanto llamados a trabajar en comunión para la implantación de su Reino, hasta que, en los años 60, un Papa de corazón bueno y mente abierta, interpretando un deseo que el Espíritu ya soplaba hace tiempo en el subsuelo de la Iglesia, ha convocado un concilio.

El marco del Concilio Vaticano II

Para comprender mejor la “novedad” que hoy significa esa colaboración entre cristianos “diferentes” en la misión, ayudará recordar todo el proceso de valorización de la vocación laical y el gradual acceso de los cristianos laicos al proskenio de la vida eclesial, ocurridos en esos cuatro últimos decenios.

El Concilio Vaticano II fue un marco en ese sentido, cuando reconoció, en varios de sus documentos (*Lumen Gentium*, *Apostolicam Actuositatem*, *Gaudium et Spes*) la importancia del papel de los laicos en la labor de evangelización de toda la sociedad. Era evidente que ahí empezaba un cambio radical del modelo eclesial vigente. Era un pasaje bien evidente de un modelo de Iglesia jerárquica y vertical para una Iglesia que se auto comprendía en cuanto Pueblo de Dios. El centro de ese modelo eclesial no reposaba más sobre uno o algunos de sus segmentos, sino que estaba en el mismo pueblo. Y los cristianos laicos, cuya misma denominación en griego (laós) quiere decir pueblo encontraban un nuevo estatuto adentro de aquella comunidad que siempre fue la suya, llamada Iglesia.

El proceso iniciado con el Concilio no se detuvo por ahí. En el año 1987, el Sínodo sobre los laicos y el documento que a él siguió, la

¹ El diccionario pone una enorme variedad de sinónimos para ese término en castellano. Recordamos apenas algunos que identifican el clérigo con el hombre culto e instruido: maestrescuela, magistral, rector. Religión». x (ant.). «Clérigo». Hombre *instruido. (escrito con mayúscula).

Exhortación pos-sinodal *Christifideles Laici*, reiteran las afirmaciones del Concilio y dan algunos pasos más, reafirmando la importancia del llamado a la santidad hecho a todos los cristianos por el Bautismo. Retomando el pensamiento del Concilio Vaticano II, habla del ser del laico cristiano y de su llamada a la santidad. Discurre igualmente sobre los ministerios y servicios confiados a estos mismos laicos. Menciona algunas áreas donde la presencia del laico es constitutiva y fundamental como: la familia, la sociedad civil, la Iglesia, la Parroquia. Resalta la importancia del compromiso socio-político, del mundo de los jóvenes, de la presencia de la mujer en el mundo y la Iglesia etc. Mientras tanto, encarece la importancia prioritaria de la formación y reafirma la centralidad de la llamada de Dios y del mundo de hoy en la vocación laical.

En América Latina, en los últimos decenios, con el fortalecimiento de la Conferencia Episcopal Latinoamericana, que ha marcado presencia en el mundo, también se puede percibir el proceso de desarrollo y crecimiento de la conciencia del lugar del laico dentro de la sociedad y de la Iglesia.

En el documento con las conclusiones de la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín, en el año de 1968, se puede encontrar, en el n.10, todo lo que se refiere a los Movimientos de Laicos. Lo típicamente laical se indica en el n.10, 9; la autonomía de los movimientos laicales en el n.5, 17; y la valoración creciente del papel del laico en el n.11, 9. Los capítulos 11 y 12 hablan de laicos en la comunidad, (11,16) y de laicos llamados a la santidad (12,1).

En la Conferencia de Puebla, en el año 1979, el documento conclusivo se refiere a los laicos en forma específica en la Tercera Parte, Cap. II, n.3, con el título: "Participación del laico en la vida de la Iglesia y en la misión de ésta en el mundo" (nn. 777-849). El documento revela una conciencia creciente de la necesidad de la presencia del laico en la misión evangelizadora, pero para eso también reconoce que ese mismo laico necesita de una sólida formación y tiene derecho a recibirla (nn. 794,832). En él ya se menciona explícitamente la fuerza de los nuevos ministerios no ordenados confiados a laicos (nn. 804-805,833), con sus criterios (nn. 811-814) y peligros (n. 817). También subraya la importancia del laicado organizado que busca sus propios caminos, aunque siempre en comunión con sus pastores (nn. 800-803).

La Conferencia de Santo Domingo, de 1992, coloca en sus conclusiones, como una prioridad, el “protagonismo de los laicos”, sin el cual no habrá la “nueva evangelización” de la sociedad que hoy se revela como necesaria (n. 107). Esos laicos, llamados a ser protagonistas de la “Nueva Evangelización” (nn. 97,103,293,302) deben recibir adecuada formación para que puedan llevar a buen término la misión a ellos confiada, en el mundo y en la Iglesia de hoy.

Además de todos estos documentos del Magisterio que subrayan la importancia dada por la Iglesia a la cuestión de los laicos, hay textos más recientes, tanto de la Iglesia como de la Compañía de Jesús, que pueden iluminar nuestra reflexión sobre el tema que aquí más directamente nos interesa, es decir, la relación y colaboración de jesuitas y laicos con vistas a la misión.

La Exhortación Apostólica *Vita Consecrata* de Juan Pablo II, publicada en 1996, después del Sínodo sobre la vida consagrada, trata de las relaciones entre laicos y religiosos en general. En el párrafo 54 de este documento, se afirma que algunos institutos religiosos han comprendido que el Señor los llamaba a compartir su carisma con los laicos. Y constata que con esto se estará iniciando un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre los religiosos y el laicado. Y aún agrega que “no son raras las veces en que la participación de los laicos trae inesperadas y fecundas profundizaciones de algunos aspectos del carisma, reavivando una interpretación más espiritual del mismo y llevando a sacar de ahí indicaciones para nuevos dinamismos apostólicos”. (n. 55)

Lo que empezaba a pasar en toda la Iglesia no podía dejar de pasar igualmente en la Compañía de Jesús. Después del Concilio se empezó a sentir en la Compañía como cuerpo, y muy particularmente en los pronunciamientos de sus superiores generales, una nueva mirada hacia ese hecho eclesiológico que son los cristianos laicos.

Un nuevo sople del Espíritu en la Congregación General 34 de la Compañía de Jesús

No ha empezado en 1995, en la CG 34, la preocupación de la Compañía de Jesús con la colaboración entre jesuitas y laicos. Ya la Congregación General 31ª (1965-1966) publicó decretos referentes a los laicos, como el 33, sobre *La Compañía y el laicado*, y el 34, sobre la *Vinculación más estrecha de algunos laicos*. Además de esto, está el

discurso que el P. General, Pedro Arrupe, hizo en la misma Congregación General, desarrollando este mismo tema. En el decreto 33, se hace referencia a lo que el Concilio Vaticano II dice sobre el laicado y la reacción que debería haber por parte de la Compañía: tomar conciencia de la importancia de la vocación laical; diálogo y participación con los laicos; darles testimonio de fe; diversidad de servicios que les podemos ofrecer: especialmente formación y colaboración apostólica. El Decreto 34, confía al P. General el estudio de la vinculación de laicos a la Compañía. En su discurso, el P. Arrupe, después de una introducción, habla del deber de la Compañía con el laicado, de la relación o conexión de los seculares con la Compañía, y finalmente de su integración más estrecha en el cuerpo de la Compañía.

La Congregación General 32 no menciona explícitamente a los laicos, pero la 33, en el año 1983, lo hace de manera consistente e importante. En su principal decreto intitulado *Compañeros de Jesús, enviados al mundo de hoy*, enfatiza la necesidad de “desarrollar una relación más estrecha con los laicos, fomentando y respetando su propia vocación, para que asuman plenamente su responsabilidad en la Iglesia y en el mundo”. Reconociendo que, a partir de la experiencia reciente, se siente que puede contribuir validamente para la formación de verdaderos apóstoles laicos, al mismo tiempo que recibir mucho de ellos para el fortalecimiento de la propia vocación y misión, la CG 32 menciona algunos instrumentos de la espiritualidad ignaciana -los Ejercicios Espirituales, las Comunidades de Vida Cristiana y otros- que traen consigo la esperanza de que laicos y jesuitas puedan “profundizar esa mutua colaboración” (n.47). Pero es en la Congregación General 34 que se da el paso decisivo hacia adelante. El decreto n. 13 de esta Congregación, sobre *Colaboración con los laicos en la misión*², empieza con la afirmación que “la Iglesia del siguiente milenio será la Iglesia del laicado” (n.1). Termina diciendo: “La colaboración con el laicado es a la vez un elemento constitutivo de nuestro modo de proceder y una gracia que pide una renovación personal, comunitaria e institucional. Nos invita

² Aquí seguimos básicamente la reflexión ya hecha por nosotros mismos hace algunos años sobre la evolución del concepto y del rol del laico en la Iglesia. Cfr. F. IVERN e M.C.BINGEMER, *Colaboración con los laicos en la misión*, RJ/SP, CPAL/Loyola, 2001, sobre todo el n. 3, pp 3-6

al servicio del ministerio de los laicos, a compartir con ellos la misión, a crear formas de cooperación". (n. 26) Ese decreto propone fundamentalmente una colaboración entre jesuitas y laicos basada sobre:

- a) El compartir con ellos una herencia, especialmente de carácter espiritual, como son los Ejercicios Espirituales de San Ignacio.
- b) Una colaboración de "doble mano". Es decir, no solamente los laicos son llamados a trabajar en obras de la Compañía, sino que los jesuitas también son llamados a colaborar en obras comunes a jesuitas y laicos o en obras dirigidas y administradas por laicos.
- c) Afirma también que, además de la formación que los jesuitas pueden ofrecer a los laicos, los mismos jesuitas también necesitan, a su vez, de una formación que les prepare para trabajar y colaborar con laicos.
- d) Una colaboración que se da a través de diversos tipos de asociaciones laicas promovidas por la Compañía y de otras formas de vinculación que describiremos más adelante, al hablar de las relaciones de los laicos con la Compañía de Jesús.

Los documentos de la Compañía citados hasta aquí claramente revelan que su preocupación con las relaciones y la colaboración en la misión de jesuitas y laicos no es algo reciente o accidental en la vida de la Compañía, sino que constituye, como lo subraya la CG 34, un elemento de fondo y de mucha relevancia para ella, desafiándola, en la frontera del Nuevo Milenio, a dar pasos decisivos, en dirección a una novedad fecunda e iluminadora en ese campo. El actual Superior General de la Compañía de Jesús, P. Peter-Hans Kolvenbach, también ha hecho importantes declaraciones sobre el tema de los laicos, especialmente en sus discursos a los Antiguos Alumnos y a miembros de las CVX. En ellos el P. General valoriza la vocación y misión propias del laico y su importancia para la Iglesia y la Compañía de Jesús en particular, dado el gran número de laicos que trabajan dedicadamente en obras de la Compañía. Hay en esos documentos directrices valiosas referentes a las relaciones de los jesuitas con los laicos que aún no han sido suficientemente explotadas. La asociación con los laicos en obras de la Compañía y la colaboración con ellos en la misión, dentro y fuera de ellas, constituye para los jesuitas un gran desafío.

La principal contribución de la Compañía, para valorizar y reforzar todavía más la vocación laical y la colaboración de jesuitas con laicos en la

misión, es para el P. Kolvenbach, como fue para la CG 34, la espiritualidad ignaciana. Eso aparece en la carta que dirigió "A las personas relacionadas con la Compañía de Jesús", el 27 de septiembre de 1991, cuando, bajo el título de "Palabras de Ignacio a los laicos", el P. General hace ver la importancia que tiene el hecho de que los laicos que hoy se proponen vivir espiritualidad estén imbuidos y animados por el MAGIS ignaciano.

Me permito citar de nuevo, corroborando lo ya dicho, las palabras del P. General que ya aparecen en el folleto sobre "*Colaboración con los laicos en la misión*"³ originarias del discurso en el cual habla a laicos colaboradores de la Compañía (pronunciamiento del 3 de diciembre de 1999, en el Colegio de Chamartín, Madrid)⁴. En ese discurso el P. General cita el párrafo 16 del decreto 26 de la CG 34 diciendo con gran énfasis:

Sinceramente, el deseo y la invitación a colaborar juntos en la misión, *no es una estrategia pragmática motivada por una disminución de efectivos, sino una nueva conciencia de que la preparación de nuestro mundo, complejo y dividido, para la venida del Reino, requiere una pluralidad de dones, perspectivas y experiencias* (CG 34, d.26, n.16). No ofrecemos una participación y colaboración para que nos ayudéis a salvar las Obras e Instituciones de la Compañía, sino para ser *juntos colaboradores de la misión de Cristo*, según la gracia de la vocación que cada uno ha recibido del Espíritu". "No es pues, una simple invitación a colaborar en tal o cual Obra particular de la Compañía, a asumir la dirección de un Centro o la responsabilidad de una Administración. Os invitamos a que desarrolléis vuestra vocación laical en la Iglesia colaborando, al modo ignaciano y según esta espiritualidad, en la misión de Cristo".

Es a la luz de todas estas declaraciones y documentos que se deben situar e interpretar las numerosas experiencias de colaboración que hoy se están realizando entre laicos y jesuitas, tanto jóvenes como adultos, en diferentes Provincias de la Compañía de Jesús. Por ellas se constata que muchos e importantes pasos ya han sido dados, por parte de la Compañía y de los laicos, en el sentido de valorar la vocación laical y convertir en realidad

³ Cfr. Op. cit., pp 25-26.

⁴ Esta misma cita la hace el P. F. IVERN en su ponencia para este seminario, *El Principio Horizonte de la colaboración entre Laicos y Jesuitas* en la pág 6. Por parecernos muy importante, la tomamos de nuevo.

un protagonismo de los laicos que se exprese en la Compañía de Jesús mediante una colaboración más estrecha con ellos y un verdadero compañerismo apostólico. Aunque esos esfuerzos todavía son dispersos y aislados, su alcance apostólico para el futuro es muy prometedor.

En otros discursos más recientes (a los ex alumnos reunidos en asamblea el 2001 y el 2003; a la Comunidad de Vida Cristiana reunida en Nairobi para su asamblea mundial, etc.) el mismo Padre General reitera su deseo de que esa colaboración se convierta de sueño en realidad. Muy especialmente en la alocución que dirige a los colaboradores laicos de Santa Cruz, en Bolivia, en noviembre del 2001 habla claramente de la importancia de ese “estar juntos” junto a Jesucristo que llama a “estar con Él” (Cf. EE.EE. nn. 91-98) para “trabajar juntos” sirviendo a la única misión, que es la del mismo Jesucristo. Recuerda el P. Kolvenbach que *“esta emergencia del laicado en la Iglesia fue reconocida por los jesuitas en la Congregación General 34, como una verdadera gracia y, consecuentemente, surgió allí una clara toma de posición, que se expresa en estos términos: Deseamos responder a esta gracia poniéndonos al servicio de la plena realización de la misión de los laicos y nos comprometemos a llevarla a buen término cooperando con ellos en su misión”*⁵.

No se trata –dice todavía el General– de una colaboración meramente laboral, como un contrato entre dos partes que se comprometen a trabajar juntas para llegar a un determinado resultado. “San Ignacio no se conforma con un seguimiento de Cristo en el que meramente se ofrece la persona al trabajo. Dice que *los que más se querrán afectar y distinguir* ofrecerán su vida misma, libres de todo apego desordenado. En eso consiste el magis, el MÁS ignaciano, característico de su espiritualidad, que impulsa a entregarse más, a buscar cada vez más la mayor gloria de Dios, sin medias tintas, sin respuestas mediocres, pues la mediocridad no tiene lugar en la cosmovisión ignaciana”.

A partir de ahí, sigue haciendo un fino análisis del verdadero sentido que deben tomar los distintos estados de vida en la Iglesia. “Se elige ser sacerdote o ser laico para servir *más*, para servir *mejor* a Dios nuestro Señor y llevar adelante la misión de Cristo. Ser laico es una elección en respuesta a una vocación. Ser laico no es un simple estado que resulta de no elegir, sino que es la posibilidad concreta escogida por

⁵ El subrayado es nuestro.

mí para cumplir mejor la voluntad de Dios sobre mi vida y comprometerme en la construcción de su reino”.

Una nueva mirada hacia el futuro a partir de la recíproca colaboración

Creo que es importante, a esta altura, subrayar que nuestra concepción de colaboración entre jesuitas y laicos tiene que ser muy dinámica y flexible, como lo es igualmente la misión en términos ignacianos. No colaboramos o deseamos colaborar porque tenemos que “completar” lo que falta a unos y a otros. En las ciencias humanas hoy, al analizar las relaciones entre diferentes (diferencias de género, raza, etnia) se reemplaza la noción de “complementariedad” por la de “reciprocidad”.

En la *complementariedad* están frente a frente, o lado a lado, dos sujetos incompletos, que esperan que el otro complete lo que les falta. En la *reciprocidad* están frente a frente o lado a lado dos sujetos enteros, dándose igualmente por entero al compartir mutuo, a la vivencia espiritual, al discernimiento apostólico y al trabajo misionero. La colaboración entre jesuitas y laicos, por lo tanto, es llamada a ser una vivencia de reciprocidad en el amor fraternal y en el trabajo apostólico.

Laicos y jesuitas, por lo tanto, están llamados no tanto a cumplir juntos algunas tareas apostólicas, el cambio que son llamados a vivir es mucho más radical y visceral, llegando hasta las entrañas de su mismo ser. En recíproca colaboración, son llamados a constituir un “nuevo sujeto apostólico”, un “nuevo cuerpo”.

En diciembre del 2002, el presidente de la CPAL convocaba a toda la familia ignaciana en América Latina a constituir ese nuevo sujeto apostólico “formado por jesuitas, laicos/as, religiosos/as” que *inspirados y animados por un mismo espíritu* (Principio y Horizonte, n. 21) comparten y llevan adelante una común “misión”. Y al hacerlo, daba igualmente un testimonio vivencial muy rico y estimulante:

Acompañé con preocupación la disminución gradual de nuestros efectivos durante los últimos decenios, pero también acompañé, y con alegría, la progresiva valorización de la vocación y del papel del laicado en la Iglesia y en la sociedad, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II. Al mismo tiempo que disminuía el número de jesuitas, aumentaba el de laicos y laicas en nuestras obras, y podíamos constatar que éstos, acompañando

la tendencia pos-conciliar, estaban cada vez más conscientes de su vocación apostólica y, a veces, gracias en parte a nosotros, también mejor preparados para responder a sus exigencias. Casi simultáneamente, crecía cada día el número de laicos y laicas que, formados en la escuela de los Ejercicios Ignacianos, compartían nuestro carisma y espiritualidad, se identificaban con nuestra misión y deseaban colaborar más activamente con nosotros para llevarla a cabo. Por otro lado, un número creciente de laicos y laicas iba ocupando posiciones de responsabilidad y cargos directivos en nuestras instituciones, algo muy raro cuando estudiaba en el colegio de los jesuitas y durante los primeros años de mi vida religiosa.

Al hacerlo, llama la atención para algo muy importante. La auto comprensión de jesuitas y laicos como un nuevo sujeto apostólico no amenaza la identidad de unos o de otros, ya que no es ella, sino la responsabilidad para definir y ejecutar algo en común, -la misión- la materia que comparten jesuitas y laicos que trabajan juntos. Si hay limitaciones por ambos lados, ellas serán superadas por el deseo puesto en el corazón de unos y otros por el mismo Señor de todos que llama a trabajar en colaboración y comunión en su única misión.

Algunos desafíos que se presentan al nuevo sujeto apostólico ignaciano

Como todo lo que es nuevo, el nuevo sujeto apostólico formado por jesuitas y no jesuitas para una comunión en una misma espiritualidad y una colaboración en la misión deberá enfrentar no pocos desafíos. El Padre General apunta algunos en su alocución citada supra por nosotros a los laicos de La Paz, Bolivia.

1. *Superar prejuicios mutuos:* durante todo este tiempo en que vivieron como dos partes separadas y estanques de una misma Iglesia, contraponiéndose muchas veces unos a otros, jesuitas y laicos crearon modelos, patrones y estereotipos que ahora son llamados a superar con todas las fuerzas y dando lo mejor de sí mismos. El Padre General cita como uno de los más graves y más difíciles de superar la discriminación de la mujer. En este sentido puede valernos la inspiración y el ejemplo del fundador. A pesar de nunca haber deseado una rama femenina en la orden por él fundada, Ignacio de Loyola tuvo un gran número de grandes amigas, que mucho le ayudaron en su labor apostólica. La C.G. 34, de

manera sorprendente para todos, fue la primera orden religiosa a dedicar un decreto especial en favor de la promoción de la mujer y de su situación en la Iglesia y en la sociedad.

2. *Mirarse y quererse como compañeros*: una tal colaboración solo podrá resultar en algo positivo si las personas involucradas, tanto laicos como jesuitas, pueden llegar a mirarse y quererse como compañeros, compañeros de Jesús y compañeros unos de otros, no considerándose ni tratándose mutuamente como subalternos, empleados o inferiores, ni tampoco como patrones, tiranos o temibles amenazas a la libertad y a la creatividad. Para eso, hay todo un itinerario pedagógico a recurrir, que consistirá en respetar el otro en su diferencia y en su lugar específico, ponerse a su lado, abrirle el corazón y con él o ella compartir su experiencia de Dios y las mociones de su Espíritu adentro suyo.

Abrir unos para otros nuevos caminos y perspectivas de futuro: a partir de su especificidad vocacional, los laicos podrán abrir a los jesuitas grandes e importantes caminos en el compromiso social y la acción ciudadana adonde están ubicadas las grandes urgencias apostólicas en nuestro continente. Y los jesuitas podrán y deberán ayudarlos a formarse espiritualmente, de manera que vivan una militancia anclada en la fe y la vida en el Espíritu, alejándose de las tentaciones tan frecuentes del activismo devorador y de ciertas tendencias y expresiones político-partidarias, adonde falta el sople espiritual que caracteriza la vocación cristiana.

Prospectivas: ser compañeros en el servicio de la misión de Cristo

Así el futuro que se presenta delante del sueño de una efectiva colaboración entre jesuitas y laicos es risueño y promisorio. Pero con la condición de que ambos acepten ponerse en la escuela del aprendizaje fraternal de la misión común. Por el camino habrá consolación y desolación, confirmación o sensación de fracaso, dificultades de convivencia, de afectividad, de competición y todos los pecados que existen en cualquier grupo humano.

Pero estará sobretodo el Espíritu que no es de timidez sino de audacia, y que sopla sin cesar sobre jesuitas y laicos convocándolos a poner fuerzas en común y caminar juntos. Las palabras del presidente de la CPAL, P. Francisco Ivern, en su mensaje del 1 de diciembre del

2002 son seguramente llenas de inspiración para todos nosotros que nos disponemos a trillar ese camino.

Si es verdad que hay jesuitas que no están preparados para ejercer su apostolado en ese nuevo contexto, lo mismo se podría decir de los laicos. A veces no es sólo la experiencia espiritual que les falta, sino que muchos de ellos no han tenido la oportunidad de recibir una formación religiosa adecuada que les permita dar razón de su fe en el mundo en que vivimos. Debemos reconocer que ni la Iglesia ni la Compañía de Jesús se han preocupado suficientemente en “invertir” en los laicos y así prepararlos para ese protagonismo apostólico que ahora se espera de ellos.

Ciertamente que, para los que amamos la Compañía de Jesús como nuestra madre, es motivo de tristeza constatar su radical disminución en varias partes del mundo. Por otro lado, debemos alegrarnos y dar gracias a Dios por ayudarnos a salir del individualismo y aislamiento corporativo en que con frecuencia vivíamos. Es un don y un gran privilegio poder hoy compartir la misión con tantos hombres y mujeres que también se sienten llamados a la santidad y al apostolado, se identifican con nuestra espiritualidad y carisma, y desean trabajar con nosotros, lado a lado. Al mismo tiempo que contribuimos para dar mayor valor y sentido a sus vidas, ellos y ellas nos sustentan y enriquecen con su presencia, amistad y compañerismo, y nos ayudan a descubrir juntos nuevas respuestas a los desafíos de nuestro tiempo. Nos deberíamos sentir orgullosos de ser parte de ese nuevo sujeto apostólico.

Lucchetti Bingemer, Maria Clara.(2003). Jesuitas y laicos: hacia una colaboración en misión, [en línea]. Brasil. Conferencia de Provinciales Jesuitas de América Latina-Documentos. Disponible en: www.cpalsj.org/documentos/Bingemerseminlaicos.htm [2005, 3 de junio].